

COSAS DE LOS PUEBLOS

EMBOSCADOS

No quiero con estas cortas líneas, herir en lo más mínimo la susceptibilidad del Partido Comunista, para mí muy respetable; lo que sí quiero hacer constar es que al amparo del mismo, los elementos que quisieron llamarse anti-fascistas, pero que según la realidad de los hechos, demuestran lo contrario. Como muestra allá va un botón.

Por circunstancias que no son del caso enumerar, después de estallar el movimiento insurreccional por parte de la canalla fascista, es renovado por orden gubernativa el Ayuntamiento que hasta entonces funcionaba; con esta renovación tomaron asiento en los sillones edilicios, representaciones del Frente Popular, donde no podía ni debía faltar el Partido Comunista, ocupando sus representantes los puestos de responsabilidad, entre ellos el de la Primer Tenencia de Alcaldía.

Vino la constitución del Consejo Municipal, las organizaciones y partidos políticos eligieron sus representantes, algunos compañeros resultaron reelegidos, otros no; y en este caso se encontraba el Partido Comunista, que sustituyó su representante.

Nuestro «héroe» que desempeñaba las funciones de Primer Teniente de Alcalde, en representación del Partido Comunista, al ser despojado de su autoridad, desapareció de este pueblo; y son muchos los que al regreso de Madrid, donde me llevan con frecuencia cuestiones y asuntos de nuestro Sindicato, me preguntan pormenores de la vida y andanzas del que fué autoridad de este pueblo.

Los que me preguntan, no lo hacen por mera curiosidad; les extraña que un camarada que ha sabido cumplir con su deber, no haya vuelto a su pueblo en vez de encontrarse emboscado en Madrid. Sospechan de que su gestión no haya sido limpia.

No interesa su gestión pasada, lo que sí quiero hacer resaltar es la vida que hace en nuestra heroica Capital de la República, este camarada que dió en llamarse «revolucionario».

Parece ser que durante su gestión municipal, adquirió ciertas amistades con elementos indeseables, que de una manera clara y terminante le enseñaron a vivir a costa de los que trabajan. A buen maestro, difícilmente sale un mal discípulo; éste aprendió la lección a las mil maravillas y hoy lo tenemos en Madrid, donde su conducta tiene mucho que desear. Cuando tiene la desgracia de encontrarse con algún conocido, alega con el gracejo peculiar en esta clase de elementos que desempeña las funciones de carabinero, cosa que es completamente inexacta.

En nuestro invicto Madrid, no hace más que sorprender la buena fé de algún camarada que ostenta cargos de responsabilidad adquiere autorizaciones para ir a

comprar víveres a los pueblos, y después los vende en Madrid a precios elevadísimos; burlando la vigilancia de abastos, por procedimientos poco limpios; tal como meter jamones en cubas, haciéndoles pasar por vino, etc. etc.

No creo sea esta la labor constructiva del Partido Comunista en estos momentos, en que los hombres que sienten verdaderamente el ideal, el que no está en el frente, debe estar en la retaguardia haciendo una labor útil y productiva en bien de la causa que todos tenemos el deber de defender. Pero yo pregunto: ¿El Partido Comunista de este pueblo, patrocina a esta clase de elementos? Supongo que no; ya sabe el lo que procede hacer con este y con otros elementos que también pertenecen al R. C. Moraleño, y que moralmente se encuentran de tal manera prostituidos, que constituyen una vergüenza para el Pueblo y para el partido que los patrocina.

No quiero polemizar, pero de todo esto, estoy dispuesto si alguien lo desea, aprobarlo y demostrar la veracidad de lo expuesto; que como buen antifascista que creo ser, tengo que ser claro y terminante en mis resoluciones.

A. CESPEDES

Moral de Calatrava, 19 de 7 1937.

Lejos de las explosiones...

Cuando se viene a estos pueblos, lejanos del frente, de poblaciones inmediatas a ellos, en las que se sufren, frecuentemente las acometidas infames de esas hienas humanas,—italianos y alemanes,—que (cabalgando «pájaros» metálicos, contruidos en sus pueblos nativos, sometidos a la voluntad de unos equivozfrénicos) van a asesinar vilmente a seres indefensos, en su mayoría mujeres y niños; cuando se desplaza una de esas poblaciones en que por tener los frentes allí mismo, se «vive» intensamente esta terrible tragedia, soportando con estoicismo espartano privaciones y desgarraduras del alma y de la propia carne. Cuando se viene de allí—repito—y se contempla la inmensa despreocupación con que aquí se vive, se le inunda a uno el alma de pena y de asco y dan deseos de escupir al rostro de estas gentes sin sensibilidad, al enorme desprecio que su despreocupación irracional produce.

Se vive alegremente, procurando apartar más y más de las mentes atrofiadas la dantesca visión de esta cruel tragedia, en la que hora a hora, minuto a minuto, muchos hermanos nuestros están vertiendo raudales de sangre y dando la vida por conquistar una sociedad más humana, de la que al fin de cuentas, se beneficiará todo el que perviva a esta hecatombe.

Hay en todos los pueblos y capitales de la retaguardia una

gran cantidad de individuos de ambos sexos, que tienen gran interés en fomentar esta despreocupación (igual que la discordia entre los trabajadores), porque saben el efecto deprimente que estas cosas producen entre los compañeros que se batan en las trincheras; pero lo más grave es que los auténticos revolucionarios o que, por lo menos se tienen por tales, se dejen arrastrar tan fácilmente por el torbellino de alegría y despreocupación, impulsado por los «emboscados».

Como consecuencia de esto, que pudiéramos llamar inhibición de la guerra, hay ciudadanos de un historial izquierdista extremadamente tibio, que estimaron conveniente en los primeros momentos retorcir su voluntad y su cerebro y acomodarlos a la ola revolucionaria, transformadora que todo lo invadía, para ver de conservar e incluso mejorar posiciones que disfrutaron a través de todas las situaciones y gobiernos, más como este «retorcimiento», no natural, ha durado tanto tiempo y han pasado tantas cosas, que han desvirtuado el sentido revolucionario de los primeros momentos, de ahí, que estos ciudadanos hayan soltado a su cerebro y a su voluntad para que recobren su posición natural, la que tenían antes de iniciarse esta tragedia. Estos individuos que están enquistados en los engranajes de la «máquina orgánica de la sociedad que se está creando, (algunos proceden de la vieja máquina estatal burguesa) oponen una resistencia solapada grande a las innovaciones de carácter revolucionario y es más grande la resistencia (será acaso porque sean más revolucionarias) si las innovaciones son iniciativas de los hombres de la C.N.T. Esta afirmación no lo hago a humo de pajas: Hace unos días hablaba aquí en Malagón con un ciudadano burócrata, que ocupa desde hace mucho tiempo determinado cargo en el «TEMPLO DE LA JUSTICIA», y se manifestó contrario (¡cómo nó! a las innovaciones de nuestro compañero García Oliver, (¡oh poder de esa inmoralidad denominada «derechos de arancel» que nuestro compañero suprimió!) y en su locuaz perorata declaró que opuso una resistencia sorda a alguna disposición del entonces Ministro de Justicia, y más concretamente se resistió en la entrega del Registro Civil al Ayuntamiento.

Se manifestó como un ferviente adorador de la Ley, de toda esa serie de códigos hechos para oprimir más y más al débil en beneficio del que todo lo tenía. Expuso su concepto de la propiedad, según el cual, el hecho de despojar a los enemigos del pueblo—repito—de su denominada propiedad, es un robo para el concepto de este ciudadano, y dijo alguna otra cosa más, todas substanciosas.

Estos ciudadanos—a mi modo de ver,—son de esa burocracia y mesocracia, (empleadillos de oficinas, comerciante, etc. etc.) que

ESPECULADORES

...Y cogieron las regencias de los pueblos y fueron los verdaderos amos de la Revolución. El fin egoísta de sus planes, iba a estar avalado por las firmas de los nuevos revolucionarios... Antes fueron usureros, pequeños industriales que comerciaban con lo que era de una segunda persona. Ahora son los dueños absolutos de un comercio «judío» que aprieta tenazmente el salario del trabajador. La Revolución trae la consecuencia lógica de la escasez de productos. Por eso se aprovechan los pillos para expender los productos que son de todos, a precios increíbles. En los puestos de responsabilidad se hacen compras a veces con una firma incontrolada... Luego delibera el Comité y se encarga de venderlo quien no tiene responsabilidad. Antes de nada, ha venido el trato, pero nó de gitanos, sino de hombres que el Pueblo les dió la confianza para mirar por sus intereses. Y salen las ventas al mercado con un precio abrumador. La compañera de cualquier trabajador, queda abrumada ante el precio de cualquier artículo. Por ejemplo: ¿Cómo es posible—dice una mujer, llevándose las manos a la cabeza—que un kilogramo de tomates pueda valer dos cincuenta? «Si quieres lo compras y si no lo dejas—exclama el especulador sin conciencia». «Pero si estos tomates son de la huerta de fulano de tal—sigue diciendo la mujer con energía», «Y a mí qué; a mí qué; dígaselo a la Comisión de Abastos». La compañera del trabajador se vuelve a casa sin poder llevarles nada a sus seis hijos. Los niños piden de comer y lloran copiosamente.

Su compañero llega a casa después de trabajar. Llega cansino, sudoroso, roto por el trabajo ejecutado en la campiña. «Dame algo, mujer, que tengo hambre». —«Que quieres que te dé, si con lo que ganas no he podido comprar ni tomates... Y en la intimidad de aquella familia, empiezan los primeros chispazos de la desesperación. El rudo trabajador se dirige a casa de un comisionado de Abastos. Sabe que en casa de aquel nuevo señor, abundan los sacos de artículos de primera necesidad. Sabe que las mejores cosas de las expediciones llegadas al pueblo, han

sido *requisadas* por los que se *sacrifican* continuamente en bien del trabajador. El de la Comisión se excusa diciendo que «ellos» no han autorizado el precio de los tomates. Las excusas van recayendo de Comisión en Comisión, hasta llegar al alcalde. El trabajador se enfrenta con el supremo regente del pueblo. Nada. Excusas y más excusas: que la Revolución es la culpable de todo; que hay tener presente que estamos en guerra, que todos nos tenemos que sacrificar... En fin, que el trabajador le dice al Alcalde, con expresión enérgica y dura: «¡Comarada!, yo creo que en tiempo de Revolución, debemos todos de sacrificarnos, no que vosotros comais a dos carrillos por estar en estos cargos que os hemos dado los trabajadores, mientras yo no puedo comer por vuestra incompetencia o por vuestra complicidad con los especuladores!»

Así es como se vive la Revolución en algunos pueblos de España. Así es como viven los directores de la asquerosa política: acaparando productos para venderlos después con la careta de una segunda persona. Nada sabe el Gobierno de esto, pero debe de hacer indagaciones por comprobarlo, porque si así no se hace, el pueblo trabajador, el pueblo laborioso, el pueblo que lucha por la Revolución sin miras egoístas, tendrá que echar por el balcón a todos los que no han sabido hacer de ella, nada más que quitarla girones para desacreditarla y escarnecerla con sus garras especuladoras.

Se hace necesario la fiscalización en los pueblos por los mismos trabajadores. Hay que descubrir públicamente a los que comercian con el fondo sensato de un ideal. Que nadie crea que al pueblo se le puede engañar con poliquiteos de baja estofa. Si son antiguos revolucionarios y ha llegado al momento para hacerse nuevos ricos, que sepa el pueblo obrar en consecuencia, porque la Revolución se ha de hacer limpia y sin diatribas particulares; si no lo hacemos así, no seremos dignos de haber encendido la mecha para quemarnos nuestra libertad y nuestra honra de trabajadores que luchan por un justo vivir.

M

Almadén, julio 1937.

desean subsistan las clases, porque ellos viven en plan de señoritos, visten como señoritos y no quieren saber nada de los trabajos rudos ni quieren llamarse

Los talleres donde se edita este periódico, pertenecen a los obreros que lo trabajan.

Colectividad Obrera C. N. T.; García Hernández. 15.—Alcázar

hermanos de los que visten blusa y calzan albarcas.

¡Trabajadores del músculo, nobles obreros del campo que con vuestro sudor fecundáis la tierra para que produzca para todos, alzad la mirada del surco y fijad en vuestra retina la imagen de tanto zángano como a costa de vuestro sudor aún vive, para si algún día teneis que pedir cuentas de algunas conductas!

JULIO MOLINA
(del Sindicato de Oficios Varios C. N. T.)
Malagón, julio de 1937.

Leed «Castilla Libre»